

guas, procedentes del Palacio Arzobispal de Umbrete; el Parque de María Luísa, que perteneció al Palacio de San Telmo; el Paseo y Jardines de Cristina; la alameda de Hércules, y la Pradera de San Sebastián, donde se celebran las ferias de ganado mayor, y de cuyo punto arrancan las Rondas que envuelven la población, llamadas de la Industria, de Recaredo, Arbolera, de Capuchinos y de Andueza.

Son muy abundantes las salas de espectáculos y lugares de diversión que existen en esta ciudad. Citaremos el teatro de San Fernando, que por su capacidad es uno de los primeros de España, y los de Portela, Eslava, Novedades y Cervantes; el Teatro-Circo del Duque y los salones-Teatro Imperial y Llorens. Claro que en la capital de Andalucía no puede faltar una buena plaza de toros; es de las mejores que existen en la Península, tiene capacidad para 14.000 espectadores y se halla situada en el barrio llamado *El Baratillo*.

Los establecimientos de beneficencia son también muy numerosos, y a sus necesidades atiende con mano pródiga el caritativo pueblo sevillano. Hay los Asilos de Niñas Huérfanas y de Mendicidad de San Fernando; Casa de Expósitos, hospitales Provincial, de San Lázaro, del Pozo Santo, de la Caridad, de San Juan de Dios y de San Bernardo, hospicios Provincial y de Sacerdotes; Manicomio de Miraflores; Consultorio de Niños de Pecho (Gota de Leche), etc., etc.

*Monumentos, museos y bibliotecas.* — Todas las épocas de la antigüedad han dejado en Sevilla soberbias huellas de su paso, atestiguando la importancia de esta ciudad desde largas centurias.

De la época romana conserva algunos lienzos de muralla en la parte N., desde la puerta de la Macarena a la puerta de Córdoba y en la Ronda de Capuchinos; estas murallas estaban defendidas por torres cuadradas, pero en ellas se observan las modificaciones de que fueron objeto durante el período musulmán. Del mismo tiempo datan los Caños de Carmona, hacia la Cruz del Campo, que todavía se utilizan para conducir las aguas a la ciudad desde Alcalá de Guadaira. Constan de 401 arcos, en algunos puntos superpuestos; la construcción es de ladrillo casi por completo, y ha sido restaurada varias veces en el transcurso de su larga existencia. Las columnas de la Alameda de Hércules son también romanas y proceden seguramente de algún templo pagano; son dos monolitos con capiteles corintios que sostienen las estatuas de Hércules y de Julio César; otras tres columnas iguales fueron descubiertas en el ángulo de la calle del Conde de Benomar con la de Mármoles.

Del período visigodo solo se conservan algunos capiteles diseminados por la ciudad y la pila del patio de los Naranjos, en la Catedral, que algunos eruditos opinan haber sido la pila bautismal del templo que precedió al actual en el mismo emplazamiento.

Los monumentos debidos a los moros vienen representados principalmente por la Giralda, la Torre del Oro y la torre de San Marcos, reemplazada por la actual iglesia.

La Giralda es un ejemplar notabilísimo del arte musulmán. La estatua de bronce que la remata, los últimos cuerpos de la torre y los balaustres de las ventanas, son muy posteriores a la primitiva fábrica. Parece que se empezó la construcción en 1184, con el objeto de conmemorar la batalla de Arcos, siendo concluida en 1195. Su altura es de 93 metros y en el basamento de piedra se emplearon materiales romanos; lo restante de la obra es de ladrillo. La planta es cuadrada; las caras miden 13'60 metros y están divididas verticalmente en tres espacios adornados con tracerías de ladrillo desde los 25 metros; los espacios centrales contienen las ventanas convertidas en balcones en la restauración efectuada en 1568, cuando se modificó el último cuerpo al estilo del renacimiento que en aquella época privaba en España. La veleta que remata la torre es la que ha dado origen al nombre popular de la Giralda.

La Torre del Oro, situada en el muelle, fué levantada, en 1220, por los almohades; el tercer cuerpo ha sido añadido modernamente. La planta es poligona; las caras tienen escasas aberturas y los remates de los primeros cuerpos están almenados. Formó parte de los muros del Alcázar y actualmente se halla en ella instalada la Capitanía del Puerto.

La torre de San Marcos perteneció a la antigua Mezquita. El segundo cuerpo es de época muy posterior.

Del arte mudéjar tiene construcciones importantísimas, sobre todas las cuales descuella el suntuoso palacio del Alcázar. Ciertamente es que antes de la reconquista de la ciudad existía ya este monumento, que fué fortaleza y palacio de los emires, y que por mudéjar se entiende el arte hispano-morisco, influido por el románico o el gótico, según



Sevilla. — Caños de Carmona. Acueducto romano

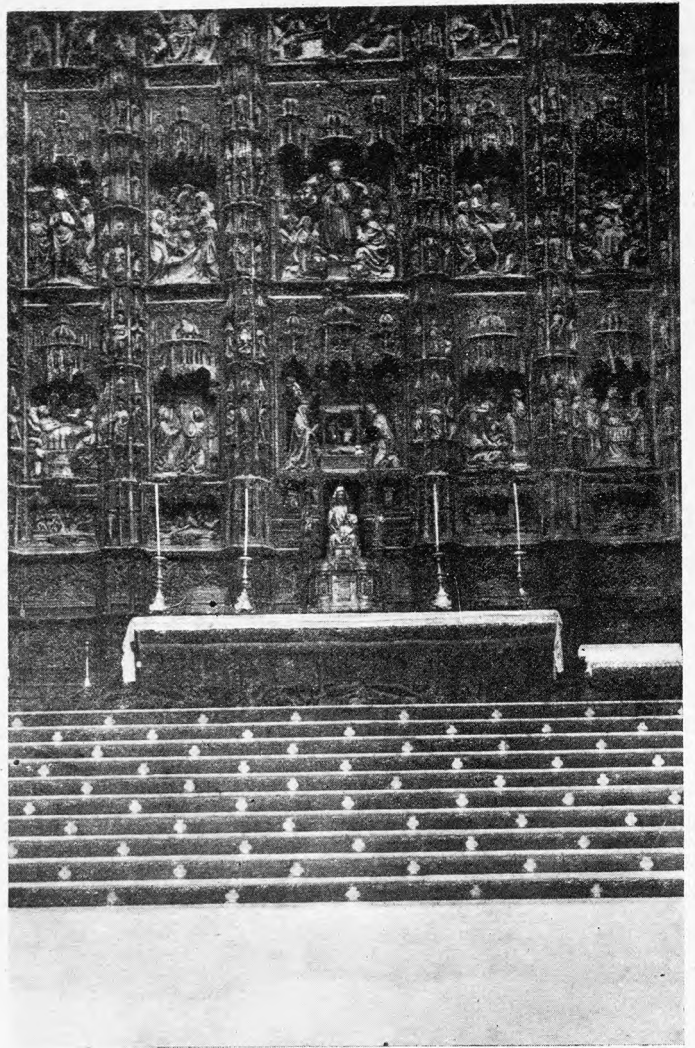
las épocas, ejercido por los moros sometidos que continuaron habitando los lugares conquistados por los cristianos. Pero el rey Don Pedro I, en 1353, lo amplió y restauró, encargando la obra a los alarifes mudéjares, y, en el siglo xv, también los Reyes Católicos hicieron en él mejoras importantes por manos de igual género de artífices. Bien puede, pues, decirse que el arte predominante del Alcázar es mudéjar, apesar de que en algunas partes presenta el puro estilo hispano-árabe, ya sea el primitivo de la Mezquita de Córdoba o el más refinado de la Alhambra de Granada.

Todavía sufrió nuevas restauraciones y ampliaciones

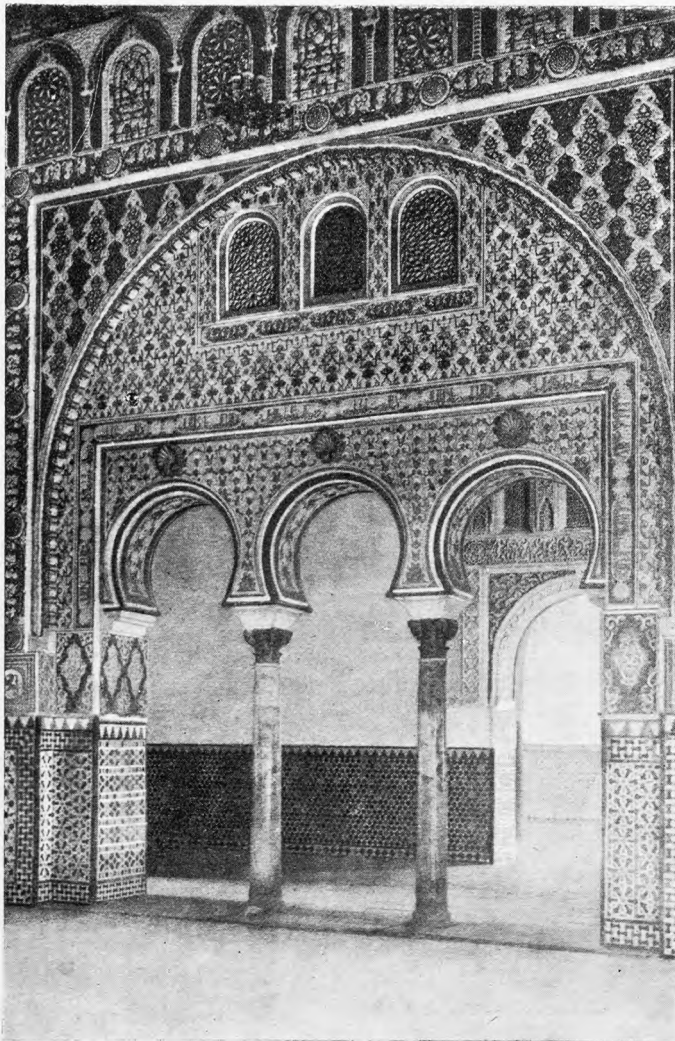




Sevilla. — Urna de San Fernando, en la Catedral



Sevilla. — Retablo mayor de la Catedral



Sevilla. — Salón de Embajadores, en el Alcázar



Sevilla. — Columnas de Hércules



en 1526 con motivo de las bodas de Carlos V y en 1624 por mandato de Felipe IV. En 1733, Felipe V hizo construir el Apeadero, pórtico cuadrilongo de 26 metros y medio de largo por 10 y medio de ancho. Las obras de restauración efectuadas en épocas posteriores son generalmente poco dignas de alabanzas.

La magnífica fachada de este monumento fué concluída en 1364, según lo atestigua una inscripción gótica, en la que se atribuye a Don Pedro I la iniciativa de la construcción de *estos alcázares e estos palacios e estas portadas*.

Sorprende por su belleza y por sus dimensiones el patio llamado de las Doncellas, nombre que se le ha dado vulgarmente porque, según la leyenda, en él recibían los reyes moros el célebre tributo de las cien doncellas. Tiene 19 metros de longitud por 15 de anchura y está rodeado de arcos ojivales lobulados, sostenidos por columnillas pareadas de mármol blanco. Las labores de yesería tienen una gran riqueza de dibujo y los zócalos del interior de las galerías son de hermosísimos azulejos de reflejo metálico; los artesonados están policromados y dorados. Otro patio diminuto, llamado de las Muñecas, es también de singular hermosura: los arcos están sostenidos por columnas de mármol con capiteles semibizantinos y los lienzos tienen bellísimas ornamentaciones. La parte superior es moderna.

La estancia más suntuosa es el llamado Salón de Embajadores, al que se entra por la galería que da al Patio de las Doncellas; las puertas de talla policromada fueron labradas en el siglo XIV (67). El techo es de forma semiesférica y fué construído por Diego Ruíz en 1420; los muros están llenos de la más fina y espléndida labor y al centro de cada uno de ellos, dan entrada a las salas contiguas, unas triples arcadas de herradura, sostenidas por seis columnas de mármol con capiteles morisco-bizantinos. Es muy valioso el zócalo de azulejería con esmaltes de colores. A Diego de Esquivel y Alonso de Balderas se deben los 56 retratos de monarcas españoles, desde Recaredo a Felipe II, que rodean la parte alta de este salón; en el cual se cuenta que fué herido de muerte Don Fadrique por los ballesteros de su hermano el rey Don Pedro, atribuyéndose a las salpicaduras de la sangre de aquél, ciertas manchas que se observan en las paredes.

En uno de los lados longitudinales del Patio de las Doncellas se encuentra el Salón de Carlos V, y en el otro se halla el Dormitorio de los Reyes Moros. El primero de dichos salones lleva el nombre de aquel Monarca en cuya época se construyó el artesonado. Es acaso la más bella estancia del Alcázar por su refinado buen gusto y elegancia extrema. El llamado vulgarmente Dormitorio, es también muy interesante y parecido al anterior; tres arcos de herradura dan entrada a un *alhami* o alcoba que parece ser lo que ha motivado el nombre que se da a este salón.

En estilo semejante al de los descritos, y sin desme-

recer de ellos por su belleza y buen gusto, se hallan en la planta baja del Alcázar otros aposentos conocidos por Salón de los Príncipes, Salón de Doña María de Padilla, Salón de Doña Isabel la Católica y Sala y Comedor de Felipe II; en todos los cuales hay algo que merece particular atención. Son sumamente interesantes los techos y artesonados de las salas y galerías de esta maravillosa construcción, en la que están representados todos los estilos que han predominado en España en las épocas de mayor esplendor.

Súbese a la parte alta del edificio por una escalera, de cuyos muros cuelgan valiosos tapices flamencos. En esta parte, muy difícil de ser visitada por el público, se halla el famoso oratorio de los Reyes Católicos, cuyo retablo es, sin disputa, la mejor obra artística de azulejería que se conserva en nuestra patria.

Los espaciosos jardines de esta soberbia morada de príncipes son de una belleza seductora. En ellos se encuentra el elegantísimo Pabellón de Carlos V y el famoso Baño de la Padilla, cubierto con una bóveda ojival. Numerosos estanques, fuentes y surtidores completan el ornato de esos lugares deliciosos, donde se han amontonado los recuerdos de tantas generaciones de soberanos ilustres.

La llamada Casa de Pilatos corresponde también al estilo de los mudéjares. Este edificio, que tiene su entrada en la calle de Caballerizas, ocupa una superficie de 7,608 metros cuadrados y constituye un precioso ejemplar de aquel arte. La escalera es magnífica y el patio está rodeado de arcadas que se apoyan en columnas de mármol; la decoración es muy rica y sumamente ingeniosa; cuatro estatuas clásicas de mármol, de gran valor artístico, especialmente dos de ellas, están colocadas en los ángulos, y en lo alto de las galerías se ostentan numerosos bustos de emperadores y personajes de la antigüedad. Es muy notable el artesonado del salón del *Pretorio* y muy interesante la capilla, por su estructura y opulento decorado. En algunas partes acusa este edificio la mano de artífices cristianos que trabajaron al estilo plateresco o al gótico decadente.

En muchas otras construcciones sevillanas campea el arte mudéjar, como puede observarse en el primer cuerpo de la torre de Santa Ana, en ciertos detalles de la fachada de la iglesia de San Román, en las torres de las de Santa María y de *Omnium Sanctorum* y en diversas partes de las de San Andrés, San Lorenzo, San Gil, Santa Marina, San Pedro, Santa Catalina, San Esteban, etc.

Pero no hay que confundir, como lo han hecho algunos escritores, el arte mudéjar con el que presenta en Sevilla la transición del románico al gótico, o sea el ojival del primer período, hermosamente expuesto en las portadas de San Marcos y de Santa María.

Una de las maravillas universales del arte gótico la constituye la hermosísima, la grande, la incomparable Catedral hispalense. Quien ha visto los monumentos góticos del Norte de Europa, cubiertos con la negra pátina de la bruma y de la cruda intemperie, se admira de que pueda hermanarse ese estilo severo con el que los artistas orientales inspiraron a los constructores de la Giralda. Pero la atmósfera diáfana y el sol brillante de Sevilla dan a la piedra tonalidades rojizas y cálidas y el gótico aparece risueño, con toda su ligereza, su elegancia y su esbeltez.

Levantose este monumento portentoso en el mismo emplazamiento de la antigua mezquita, por acuerdo del Cabildo catedral, que expresó su pensamiento en esta frase: «Erijamos un templo que haga creer a la posteridad que

(67) Alrededor de los tableros de estas puertas hay unas inscripciones en lenguaje y caracteres árabes que, traducidas al castellano, dicen: «Mandó nuestro Señor el Sultán engrandecido y elevado, Don Pedro Rey de Castilla y de León (perpetúe Dios su felicidad y sea ella con su arquitecto), se hicieran estas puertas de madera labradas, para este aposento de la dicha (lo que ordenó en honra y grandeza de los nobles y venturosos embajadores), del cual brota abundantemente la ventura para la ciudad dichosa en la que se levantaron estos palacios, alcázares y mansiones, que son para mi señor y dueño, único que dió vida a su esplendor, el sultán pío, generoso, que lo mandó hacer en la ciudad de Sevilla, con la ayuda de su intercesor para con Dios Padre. En su construcción y hermoamiento deslumbradores resplandeció la alegría, en su obra se emplearon artífices toledanos, y esto fué el año grande de mil y cuatrocientos y cuatro (1364 de J. C.) Semejante al crepúsculo de la tarde y muy parecida al fulgor crepuscular de la aurora. Un trono resplandeciente por el brillo de sus colores y por la intensidad de su esplendor. Gloria a Dios».



estamos locos». La obra fué empezada en 1403 y terminada en 1506. Es de planta cuadrilonga y mide 115'50 metros de largo por 75'50 de ancho y 44 de altura. Sus puertas son nueve: la Mayor, la de San Juan, la de San Miguel, la del Lagarto, la del Sagrario, la de los Naranjos (sin terminar), la de las Campanillas, la de los Palos y la de la Lonja o de San Cristóbal. La mayor parte de estas puertas pertenecen al estilo ojival y están magníficamente trazadas y esculpidas.

El interior consta de cinco naves, que forman 68 elevadas bóvedas sostenidas por 36 columnas; algunas de las bóvedas están finísimamente labradas, mientras las restantes se hallan desposeídas de adornos escultóricos. El pavimento está enlosado de mármol blanco y negro. El coro ocupa, como en la mayor parte de las catedrales de España, el centro de la nave principal y está cerrado por una preciosa verja plateresca de hierro, trazada por Sancho Muñoz, en 1519. La sillería fué labrada por Nufro Sánchez y Dancart en el último cuarto del siglo xv; es una filigrana llena de estatuillas de muy notable mérito. Bartolomé Morrel labró el hermoso facistol de estilo plateresco, en 1570. A los lados de la silla episcopal hay dos buenos cuadros de Diego de Vidal. Tienen extraordinario valor los cantorales miniaturados que ejecutó Luis Sánchez en 1416. Sobre las sillerías se levantan los grandes órganos eléctricos de magníficas condiciones instrumentales, pero muy recargada su ornamentación al estilo del siglo xviii. El trascoro es un cuerpo de orden dórico que contiene una pintura de Pacheco y cuatro plafones de mármol blanco con relieves de mérito. En las capillas laterales del coro son de admirar unas preciosísimas rejas de estilo plateresco.

Las capillas de este templo forman, en conjunto, uno de los más ricos museos de España. La Mayor, situada al centro del crucero, está cerrada por una reja de forja, trazada por fray Francisco de Salamanca, obra magnífica del espléndido renacimiento español. Los lados ostentan otras dos rejas debidas a Sancho Muñoz. El retablo es de proporciones colosales y pertenece al estilo gótico florido, de una riqueza sin igual; a últimos del siglo xv lo empezó el flamenco Dancart, lo continuaron los Ortega y le puso remate, en 1564, Juan Bautista Vázquez. Consta de 45 cuadros escultóricos y contiene imágenes de tamaño natural, debidas al eminente Fernández Alemán. El estofado y policromía del retablo fué obra de Alejo Fernández. También es notable la talla de los púlpitos. El Tabernáculo constituye una de las mejores producciones del platero Francisco Alfaro. Detrás de la capilla hay la llamada Sacristía Alta, que contiene varias tablitas atribuidas a Morales.

Situada al fondo del templo se encuentra la famosa Capilla Real, que contiene los restos del Rey Santo, inestimable reliquia, encerrada en una urna de plata repujada, cubierta con un manto de los monarcas del siglo xvii. La traza de la capilla se debe a Martín de Gainza. El arco-portada tiene más de 24 metros de altura y lleva adosadas doce estatuas de tamaño natural, ejecutadas por Lorenzo del Vao; ciérrale una verja de hierro rematada por la estatua ecuestre de San Fernando, recibiendo las llaves de la ciudad de manos del rey moro. En el altar mayor se venera la imagen de la Virgen que regaló San Luis, Rey de Francia, al Santo Rey libertador de Sevilla. Debajo del presbiterio se halla el panteón donde descansan los restos de Don Pedro I y de su hijo Don Juan,

de Don Fadrique de Trastámara, de Doña María de Padilla, de los Infantes Don Pedro y Don Alfonso de Castilla y del Conde de Floridablanca. A derecha e izquierda los sepulcros de Don Alfonso X el Sabio y de Doña Beatriz de Suavia, hijo y esposa, respectivamente, de San Fernando. En el altar hay una imagen de la Virgen de las Batallas, labrada en marfil, que perteneció al Santo Rey, y la espada y pendón del mismo. En la sacristía de esta capilla se encuentran una Dolorosa de Murillo y un San Francisco Javier de Pacheco.

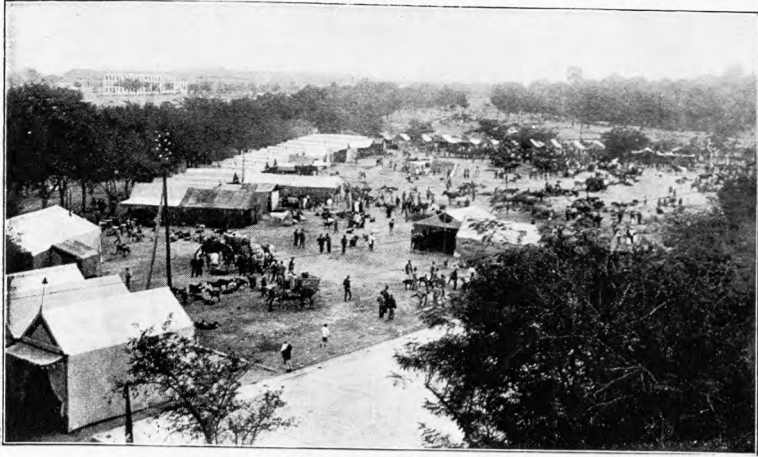
A los lados de la Capilla Real hay las de San Pedro y de la Concepción Grande. En la primera son de admirar una preciosa verja diseñada por fray José Cordero, un magnífico retablo con nueve pinturas de Zurbarán y el panteón de fray Diego de Deza, confesor de los Reyes Católicos. En la segunda hay el sepulcro del cardenal Cienfuegos.

A izquierda del templo, entrando por la puerta Mayor, se encuentran las siguientes capillas: la de los Jácomes, que da entrada al Sagrario, tiene un cuadro valioso de Roelas; la del Baptisterio, contiene aquel célebre San Antonio de Murillo, que fué cortado del lienzo y llevado a los Estados Unidos, donde lo recuperó el cónsul español, y otros lienzos de Zurbarán, Pacheco, Valdés Leal, Jordaens y Simón de Vos; la de Scala, con el sepulcro del obispo Baltasar del Río, buen retablo y altarcillo de tierra vidriada de *della Robbia*; la de Santiago, con la tumba del arzobispo Gonzalo de Mena y obras de Valdés Leal, Roelas, Antonio Pérez, Zurbarán y Simón de Vos; la de San Francisco, con una hermosa vidriera y pinturas de Valdés Leal y Herrera el Joven; la de las Doncellas, llamada así porque en ella hay la Hermandad que administra las dotaciones para doncellas pobres; la de los Evangelistas, con un retablo pintado por Hernando Sturnio; la del Pilar, y la de la Granada, cuya imagen se debe a Juan Bautista Vázquez.



Sevilla. — Una de las puertas góticas de la Catedral

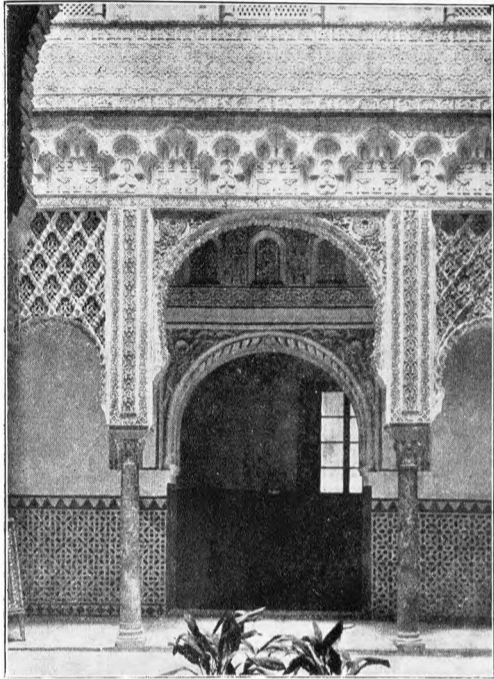




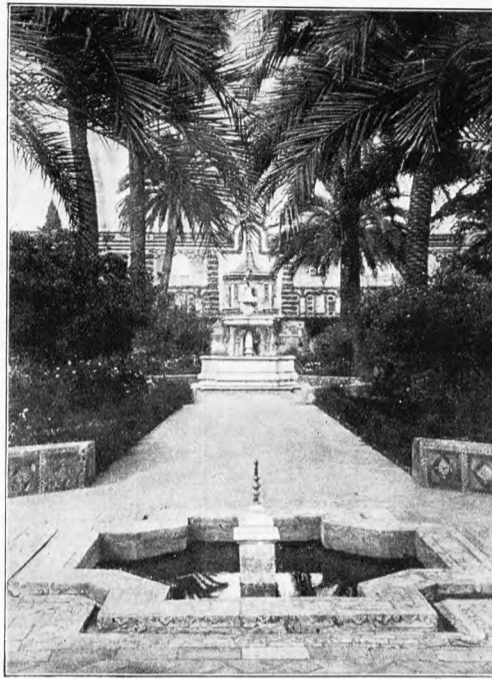
REAL DE LA FERIA



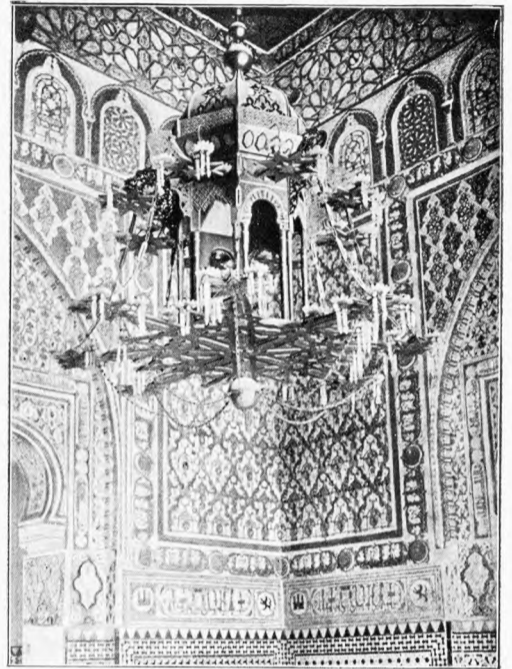
VISTA PARCIAL DE LA CIUDAD



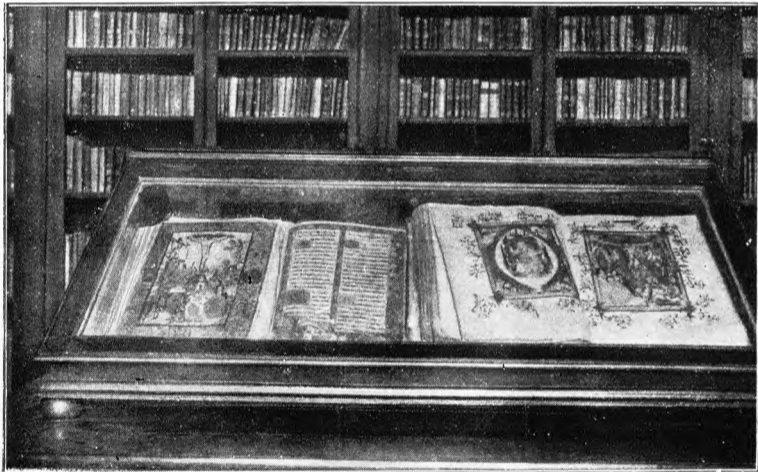
ALCÁZAR. PATIO DE LAS MUÑECAS



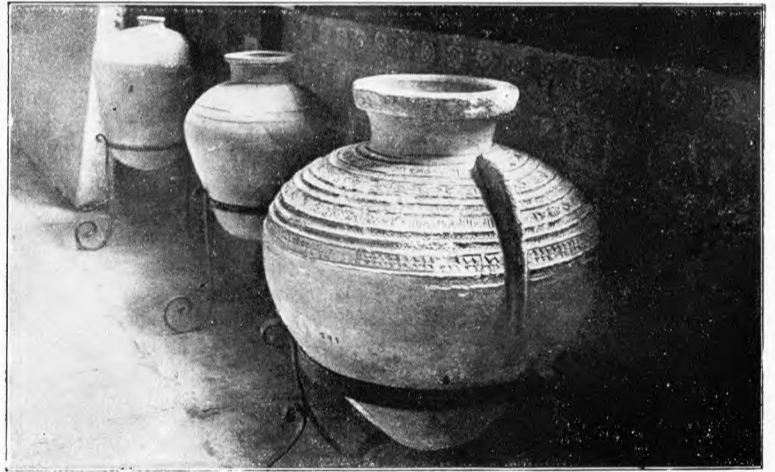
JARDINES DEL ALCÁZAR



ALCÁZAR. LÁMPARA MORISCA



BIBLIOTECA COLOMBINA



MUSEO. TINAJA HISPANO-ÁRABE



MUSEO. ESCULTURAS ROMANAS

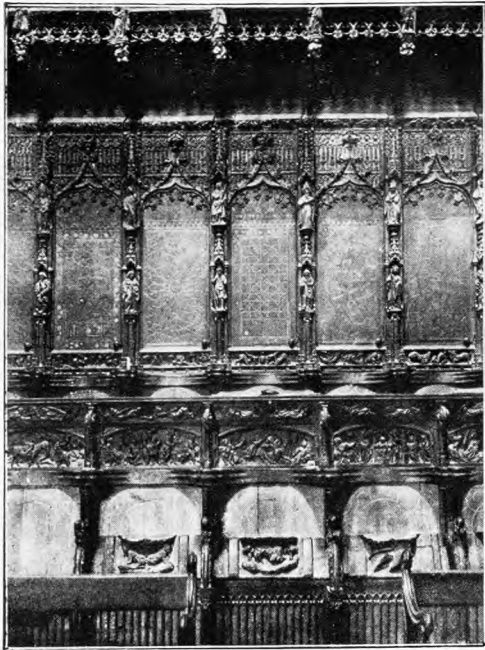


IGLESIA DE SAN LUÍS

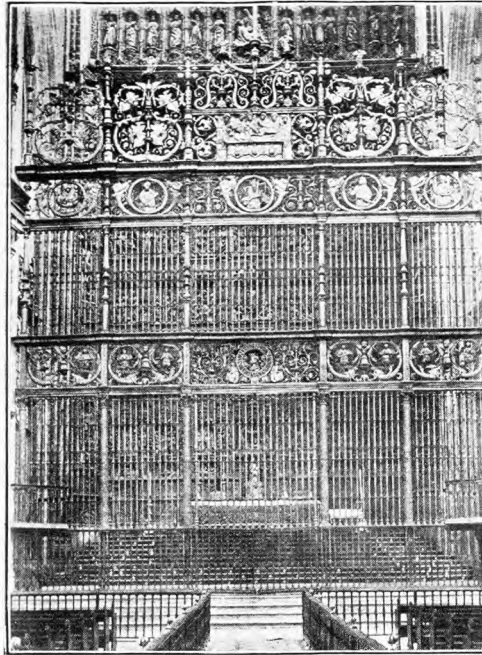


MUSEO. ESTATUA DE MERCENARIO

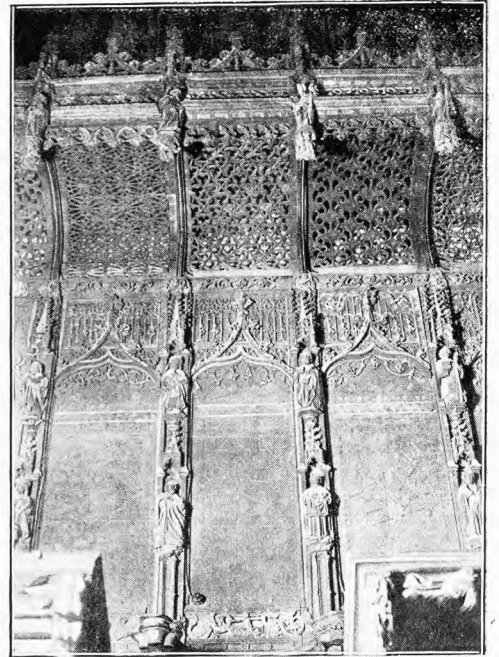




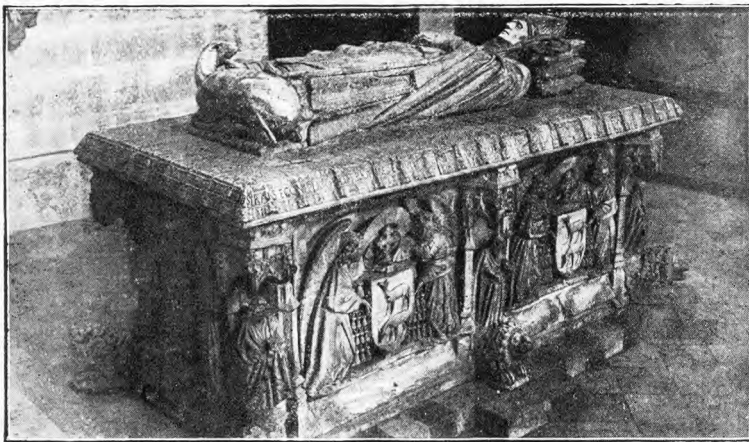
SILLERÍA DEL CORO



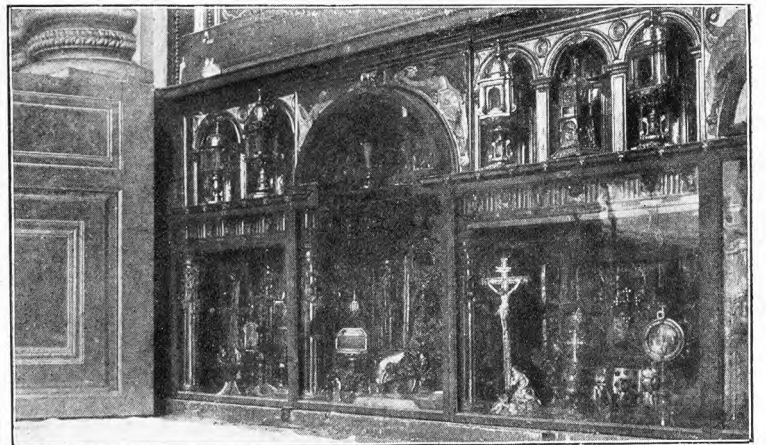
VERJA DEL ALTAR MAYOR



DETALLE DEL CORO



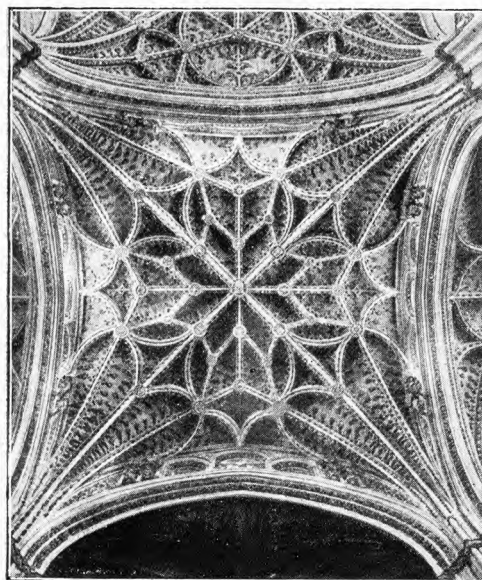
SEPULCRO DEL CARDENAL CERVANTES



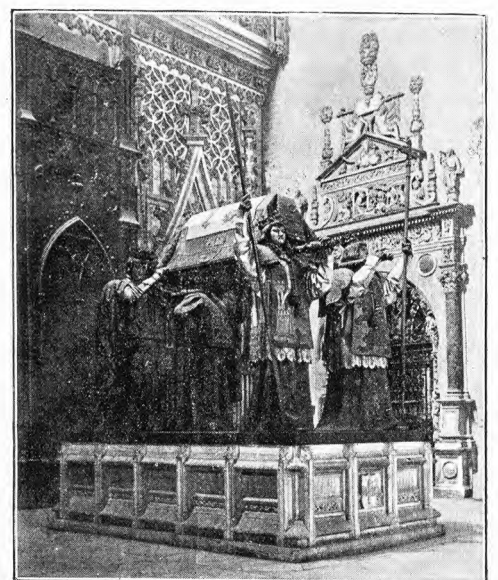
SACRISTÍA. EL TESORO



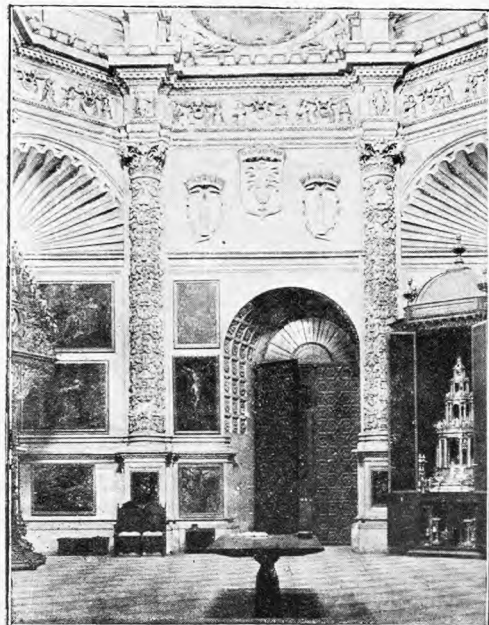
ESTATUA DE SAN FERNANDO



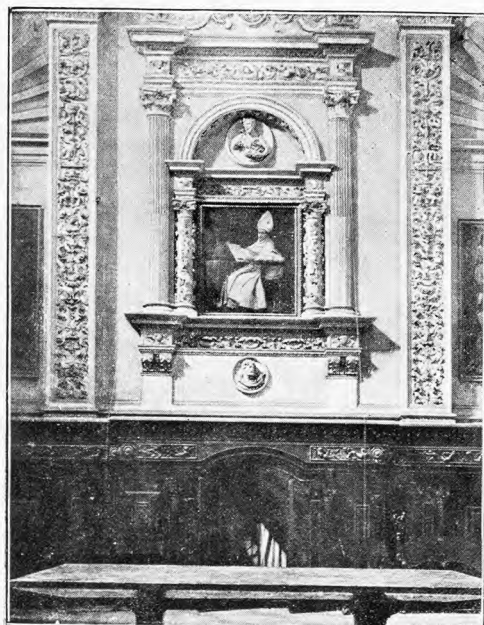
BÓVEDA CENTRAL



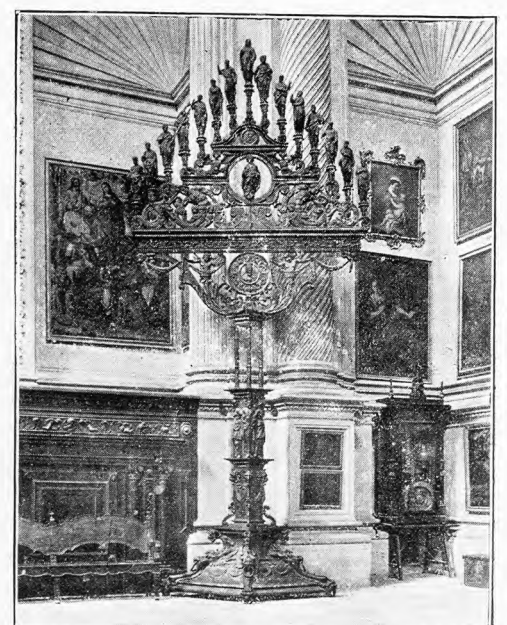
SEPULCRO DE CRISTÓBAL COLÓN



SACRISTÍA MAYOR



SACRISTÍA. CUADRO DE MURILLO



SACRISTÍA. EL TENEBRARIO



A derecha: Capilla de San Laureano, con los sepulcros del cardenal Lluch y del obispo Alonso de Ejea; la de Santa Ana, con un retablo cuyas pinturas son las más antiguas de Sevilla, y el sepulcro del cardenal de la Lastra, con estatua orante; la de San José, con un lienzo de Valdés Leal y otro de Antolínez; la de San Hermenegildo, con la imagen del Santo, por Martínez Montañés, y una preciosa tumba gótica, con estatua yacente del cardenal Cervantes; la de la Antigua, con lienzos de Pacheco, Valdés Leal y Murillo, esculturas de Duque Cornejo, un fresco del siglo xiv y un sepulcro muy notable del cardenal Hurtado de Mendoza; la de los Dolores, por donde se entra en la Sacristía de los Cálices; la de San Andrés, con los sepulcros de los Condes de Cifuentes, y la del Mariscal, con un retablo muy valioso de Pedro de Campaña y una preciosa reja de forja.

Además de estas capillas hay, alrededor del templo, los siguientes altares: a los lados de la puerta de los Naranjos, el de la Asunción y el de Belén; el primero con un cuadro de Carlos Marata, y el segundo, con otro de Alonso Cano; a los lados de la puerta de San Cristóbal, el lienzo de la Gamba, pintura muy célebre de Luís de Vargas, y el Descendimiento, por Fernández de Guadalupe; en el testero de la puerta Mayor, además de las capillas de San Leandro y de San Isidoro, hay los altares de la Visitación, de Nuestra Señora del Consuelo y del Nacimiento; en el primero hay tablas pintadas por Villegas Marmolejo y una imagen esculpida por Jerónimo Hernández; en el segundo, un lienzo de Murillo y otro de Miguel de Tóvar, y el tercero contiene preciosas pinturas de Luís de Vargas.

Frente a la puerta de San Cristóbal se encuentra el monumento levantado para guardar las cenizas de Cristóbal Colón. En 1902 fué traída de Cuba el arca que contiene los restos del ilustre navegante y se depositó en este sepulcro monumental, debido a don Arturo Mélida.

La Sacristía Mayor es una maravilla del arte plateresco; construyéronla, en 1532, Diego Riaño y Martín Gainza, con el más exquisito gusto en la ornamentación. Contiene una riqueza fabulosa en joyas y objetos de arte: cuadros de Murillo, Pacheco, Roelas, Sánchez Cotán, Zurbarán, del flamenco Pedro de Campaña, del Tiziano y del pintor del siglo xv, Juan Sánchez de Castro; la preciosa custodia de plata de Juan de Arfe, sabio arquitecto, escultor y orfebre, en cuyos talentos resplandece ésta su obra maestra; relicarios, custodias, viriles, cruces, incensarios, vasos, platos, jarrones, joyas de inestimable mérito, exornadas de pedrería y embellecidas por la más fina labor del repujado y el cincel; un tenebrario de bronce, labrado por Bartolomé Morel, pieza, en su género, única en el mundo; una estatua de San Fernando, tallada en madera, obra excelente del siglo xvi; un tríptico que perteneció a Alfonso el Sabio; las llaves de Sevilla que Axataff entregó a San Fernando; un Lignum-Crucis hallado en el sepulcro de Constantino; una *Espina* de la corona del Redentor, y un número exorbitante de ornamentos del culto, con bordados exquisitos sobre riquísimas estofas.

La Sacristía Menor guarda una colección notable de pinturas y el célebre Crucifijo de Martínez Montañés. Los autores de los cuadros son: Morales, Murillo, Alejo Fernández, Fernando de Contreras, Luís de Vargas, Goya, J. Núñez, Luís Tristani y Zurbarán.

En la Sala Capitular se encuentran varias pinturas de Murillo, entre las que sobresale una famosa *Concepción*; un cuadro en cobre, de Pacheco; bajo relieves esculpidos

por Juan Bautista Vázquez, Diego Velasco y Marcos Cabrera; varias alegorías por Céspedes, y otros objetos interesantes. La traza de la Sala, que es muy hermosa, se debe a Diego Riaño.

El Sagrario, que ocupa uno de los lados del Patio de los Naranjos, es, además de capilla de la catedral, una de las parroquias sevillanas. Su construcción fué empezada en los albores del siglo xvii por Miguel de Zumárraga y pertenece al estilo del Renacimiento. Hermoso retablo con muy buenos bajo-relieves y estatuas, entre los cuales hay obras de Roldán y de Cornejo. En un altar lateral se venera una imagen de la Virgen, de Martínez Montañés. La Sacristía tiene, en los muros, bellos adornos de tracería hispano-árabes.

El Patio de los Naranjos mide más de 90 metros de longitud por 37 de anchura. Hay en el centro una fuente de cuya taza hemos hablado al tratar de los recuerdos visigodos; pueden observarse varios restos de la antigua mezquita en los edificios que rodean el patio y en la Puerta del Perdón, cuyo arco fué encuadrado a lo plateresco en el siglo xvi. Tiene, esta puerta, un bajo-relieve y dos estatuas de Miguel de Florencia. Desde el patio puede admirarse con toda su soberbia grandeza la bellísima torre llamada la Giralda. Hemos ya descrito la parte de ella construída por los moros, pero falta decir algo referente a los últimos cuerpos levantados por los cristianos en estilo plateresco. La traza se debe a Fernando Ruíz; la estatua de la Fé que remata la torre tiene 4 metros de altura, está labrada en bronce por Bartolomé Morel y al menor soplo del viento gira sobre sí misma. El actual reloj fué construído por el lego franciscano José Cordero. Los frescos de la parte exterior de la torre son de Luís de Vargas.

Para terminar esta descripción ligera de la magnífica Catedral hispalense, debemos recordar el estupor que causó en 1888, entre los católicos y los amantes del arte, la noticia del hundimiento de una parte de este monumento, del que resultaron muy perjudicados, especialmente, el coro y los órganos. La restauración ha sido llevada a cabo con mucho acierto y, desde 1901, el templo se halla completamente restituído a las funciones del culto.

Notabilísima es, dentro del gótico sevillano, la portada de la iglesia del convento de Santa Paula, adornada con preciosos azulejos. En el interior del edificio hay hermosas esculturas de Alonso Cano y magníficas ornamentaciones de yesería mudéjares. Es muy frecuente la mescolanza de estilos en los monumentos de España. Cada época ha dejado en sus trabajos el sello de su cultura; el mudéjar, y aún el hispano-árabe, el gótico y el renacimiento español, en todas sus fases, se hallan barajados, como hemos visto en la Catedral y como puede observarse en la mayor parte de los templos sevillanos.

Son muy numerosas las iglesias dignas de especial mención por su interés artístico o histórico y nos limitaremos a dar breve noticia de cada una de ellas: La de Santa María de Jesús, levantada en los comienzos del siglo xvi, tiene un precioso retablo y excelentes azulejos de reflejo aurífero. La del Hospital de la Caridad, donde se encuentran los téticos cuadros de Valdés Leal, de los cuales se ha ocupado la crítica recientemente concediéndoles extraordinario mérito; otros cuadros de Murillo, y escultura del altar mayor por Pedro Roldán. La de San Alberto, con varias obras de Alonso Cano. La de la Universidad, en cuyo retablo mayor hay reunidas obras de Cano, Montañés,



fray Pacheco, Juan de Varelas y licenciado Roelas; tiene muchas y notables sepulturas. La de Santa Ana, con magnífico retablo plateresco que contiene quince tablas de Campaña; un altar de plata; una imagen de la Virgen de la Rosa, de Alejo Fernández, y un sepulcro de azulejos muy curioso. La de San Andrés, con una capilla hispano-árabe, esculturas de Montañés, Cano e Hita del Castillo y pinturas de Valdés Leal, Marmolejo y Villegas. La de San Gil, donde se veneran las imágenes de Nuestra Señora de la Esperanza (La Macarena), obra de Roldán, y la de Nuestra Señora del Rosario, obra de Duque Cornejo. La de San Lorenzo, con muy notables esculturas de Martínez Montañés; pintura mural de Roque Amador, y un lienzo de Villegas Marmolejo. La de la Magdalena o de San Pablo, con magníficos frescos de Lucas Valdés, y varias esculturas y pinturas de mérito. La de Santa Marina, de cuyas portada y torre hemos hablado ya, y donde se descubrió recientemente el *mihrab* de los musulmanes. La de San Isidoro, con notables pinturas de Roelas, Valdés Leal, Campaña y el Mulato. La de San Juan de la Palma, con una tabla de Villegas Marmolejo y excelentes estatuas por Hita del Castillo y Roldán. La de San Julián, con tablas de Alejo Fernández, lienzos de Zurbarán y Sánchez de Castro; la antiquísima imagen de Nuestra Señora de la Hiniesta, y una Dolorosa esculpida por Montañés. La de San Esteban, con muy interesantes azulejos en el presbiterio y pinturas de los Polancos. La de Santa Catalina, con una tabla de Campaña y un lienzo de Roldán. La de Santa Cruz, con varias pinturas de Palomino. La de San Bartolomé, con magnífico retablo e interesante capilla del Sagrario. La de San Bernardo, con lienzos de Herrera el Viejo y de Varela, y una imagen esculpida por Montañés. La de San Ildefonso, con una pintura al temple de la época visigoda, y la bandera donada por San Fernando a la Cofradía de los Sastres. La de San Marcos, de cuya torre y portada nos hemos ocupado; posee un lienzo muy bueno de Domingo Martínez y una escultura de Roldán el Mozo. La de Santa María la Blanca, fundada en 1391; contiene tablas de Morales y de Luis de Vargas y una Cena, de Murillo, que hizo su propio retrato en la figura de San Juan. La de San Román, con obras de Montañés. La de San Pedro, donde fué bautizado don Diego Velázquez; tiene una hermosa torre; un retablo con esculturas de Pedro Delgado; el Cristo del Amor, precioso Crucifijo, de Montañés, y una pintura buena de Roelas. La de San Vicente, con buen retablo, notables esculturas, y pinturas de Morales, Valera y los Herreras. La del Salva-



Sevilla. — Torre de la iglesia de Santa Ana

dor, con dos interesantes altares de Cayetano Acosta, y la mejor obra de Montañés, el paso llamado Nuestro Padre Jesús. La de Santiago el Mayor, donde se conserva la capa que usó Carlos V al ser coronado Emperador de Alemania. La de San Roque, donde se venera la antigua imagen del Cristo de San Agustín. La de San Miguel, con un cuadro atribuido a Rafael. La de San Martín, con notables esculturas de Montañés en su retablo mayor. La de San Nicolás, levantada sobre el área que ocupó el templo romano de Hércules; contiene buenas pinturas y magníficas verjas. La de Nuestra Señora de la O, con muy interesantes cuadros y un hermoso paso. La de *Omnium Sanctorum*, con varias pinturas de Varela y una muy bella imagen de la Virgen. La del convento de Santa Inés, donde se conserva el cuerpo incorrupto de la fundadora doña María Coronel, fallecida a fines del siglo xiv. La de Santa Clara, con varias esculturas de Montañés. La de la Madre de Dios, con una notable imagen gótica y hermoso artesonado. La de San Leandro, con muy bellos retablos y dos estatuas esculpidas por Montañés. La del Hospital Provincial, con hermosa portada y pinturas de mucho mérito debidas a Zurbarán, Roelas, Juan del Castillo y Bernardo Germán. La del Hospicio de Sacerdotes, con un cuadro que representa a San Fernando, pintado por Valdés Leal, y dos bustos esculpidos por Montañés; y la de San Luís, que contiene muy buenas tablas, lienzos y esculturas.

Del Monasterio de la Cartuja, convertido hoy en fábrica de productos cerámicos, resta todavía una capilla, llamada de los Mozos, que contiene una preciosa sillería de coro, y, en la que fué igle-

sia, se conservan algunos detalles muy interesantes.

El Monasterio de Religiosas de San Clemente fué fundado por San Fernando en conmemoración del día en que se tomó la ciudad a los moros.

La Lonja es un bello edificio construido en 1583 por orden de Felipe II, quien encomendó los planos a Juan de Herrera. En la planta baja está instalada la Cámara de Comercio y en la parte alta hay el Archivo de Indias, donde se contienen más de 30,000 legajos de documentación relativa a los descubrimientos, conquista y civilización de América y Filipinas.

A orillas del río, en las afueras de la ciudad, se halla el Palacio de San Telmo, que fué residencia de los Duques de Montpensier y es hoy Seminario Conciliar. En él puede admirarse una magnífica fachada de rica ornamentación escultórica.

La Casa Consistorial es una bellísima construcción